

SAN MARTIÑO



EL BÁCULO Y EL ANILLO DE SAN GONZALO.

El báculo y el anillo de S. Gonzalo son las reliquias más veneradas del Obispo Santo.

El báculo se encontró la primera vez que se abrió el sepulcro de S. Gonzalo, en 1648. la vara mide casi metro y medio de largo y termina en un mango en forma de espiral, rematado con una cabeza de animal que sostiene una bola en su boca. Esta parte es de cobre y en ella aún se conservan restos de esmaltes.

El anillo se encontró en el mismo



sepulcro en 1914. Es de oro y lleva una piedra de cuarzo sujeta por cuatro cabezas de ave, con brillantes diminutos en lugar de ojos. En su interior contiene la siguiente inscripción: "NOLO ESSE DATUS NEQUE VEMUNDATUS", que quiere decir "No quiero ser dado ni vendido".

Se cree que ambas piezas pertenecen al s. VIII, aunque hay algunos autores que incluso las datan en el s. VI.

capilla; escena que bien podría identificarse con la adoración de los Magos. Esta escena podría tener relación con la representación de los pastores que aparece en el ábside, y que también irían a llevar presentes al Niño. En la bóveda de esta capilla podemos contemplar una imagen del Padre Eterno sentado en amplio trono que es, junto con una parte de sus rodillas y unas nubes en la zona inferior, lo único que ha llegado hasta nosotros.

En el muro de esta misma nave (área D), en el crucero, se han descubierto dos capas de pinturas. Las más profundas, que son las más antiguas, se disponen en tres registros superpuestos y en los extremos superior e inferior se ven ciertos vestigios pictóricos, aunque sin figuración alguna. Podrían atribuirse a época gótica (ss. XIII – XIV).

La escena de abajo solo es visible en parte, ya que queda cubierta por una representación posterior. Se ve a dos hombres de pie, uno vestido completamente desnudo; podría ser un fragmento de la Pasión de Cristo, la resurrección de Lázaro o la parábola del Buen Samaritano.

En el segundo registro, peor conservado, se ve un banquete al que trata de acercarse un pobre, que podría ser la interpretación del banquete del rico Epulón y el pobre Lázaro, parábola ya desarrollada en uno de los capiteles del templo (ver nº 8).

La escena superior presenta a unos jinetes que cabalgan en dirección a la

con cabeza de rasgos un tanto humanos. Detrás, otro pastor lleva sobre sus hombros un cordero, pueden tratarse de dos pastores que se dirigen a Belén a adorar al Niño.

En la bóveda de esta capilla podemos contemplar una imagen del Padre Eterno sentado en amplio trono que es, junto con una parte de sus rodillas y unas nubes en la zona inferior, lo único que ha llegado hasta nosotros.

En el muro de esta misma nave (área D), en el crucero, se han descubierto dos capas de pinturas. Las más profundas, que son las más antiguas, se disponen en tres registros superpuestos y en los extremos superior e inferior se ven ciertos vestigios pictóricos, aunque sin figuración alguna. Podrían atribuirse a época gótica (ss. XIII – XIV).

La escena de abajo solo es visible en parte, ya que queda cubierta por una representación posterior. Se ve a dos hombres de pie, uno vestido completamente desnudo; podría ser un fragmento de la Pasión de Cristo, la resurrección de Lázaro o la parábola del Buen Samaritano.

En el segundo registro, peor conservado, se ve un banquete al que trata de acercarse un pobre, que podría



ser la interpretación del banquete del rico Epulón y el pobre Lázaro, parábola ya desarrollada en uno de los capiteles del templo (ver nº 8).

La escena superior presenta a unos jinetes que cabalgan en dirección a la



En él, las escenas están separadas por columnas. Si miramos de izquierda a derecha, veremos en primer lugar, a un personaje al que un ángel ha agarrado por el cabello y lleva por los aires. Levanta su mano derecha y con la otra agarra un zurrón que lleva colgado, y su capa flota al viento. Bajo la figura y al fondo se ve un paisaje campestre. Representa al profeta Habacuc que es llevado por el ángel al foso en el que está preso el también profeta Daniel, que no aparece. La siguiente escena muestra a San Joaquín y a Santa Ana abrazándose ante la Puerta dorada, con un ángel sobre sus cabezas. Tras ellos podemos contemplar un paisaje presidido por un alto árbol y, a lo lejos, una diminuta ciudad, reinterpretación atípica de Jerusalén.

Al otro lado de la ventana del ábside, vemos en la primera escena una rica arquitectura ante la que se encuentra un personaje barbado, de pie y con la cabeza cubierta, que luce ricas vestiduras. Parece tratarse del rey David, puesto que en sus manos sostiene lo que parece ser un arpa. Por último, en la última escena, se ve a dos hombres que caminan hacia el altar. El primero lleva en una mano un cayado y en la otra, agarrado por las patas delanteras, lleva un cabrito,

Redentor. Cristo, desde el trono, observa a su Iglesia; está vestido con ropajes sacerdotales y bendiciendo a la manera oriental (con el pulgar, el índice y el corazón levantados). Como diadema se puede ver como asoman por detrás de su cabeza los tres brazos de la cruz.



A su izquierda, también en la mitad superior, podemos observar otra aureola, ésta más pequeña, que contiene esta vez en su interior el Cordero Pascual, o Agnus Dei, sosteniendo un ástil rematado por una cruz, en clara alusión al sacrificio de Cristo por la Redención de los hombres. Debajo del Cordero vemos un águila con las alas extendidas y la cabeza ladeada, como símbolo representativo de la labor evangelizadora de S. Juan, ejemplo a seguir por toda la comunidad eclesíástica.

En la mitad inferior del retablo, más reducida en altura, inmediatamente debajo de la figura de Jesucristo, aparece la imagen de un sacerdote o prelado, que bien pudiera encarnar a S. Pedro como fundador de la institución eclesíástica y primer Papa. A ambos lados de esta figura se repiten dos escenas semejantes: dos personajes alados, vestidos con ropas sacerdotales, parecen transmitir a otros dos sacerdotes sus poderes de orden y jurisdicción, respectivamente. Estos poderes ya están representados en los personajes alados que sostienen la aureola de Jesucristo. Las figuras investidas no tiene alas y mantiene la cabeza exageradamente inclinada en señal de respeto y



Las pinturas más antiguas que podemos encontrar en este conjunto mural son las de la capilla del ábside derecho (ver C en el plano).

una mujer, supuestamente Adán y Eva, son devorados por dos leones que se yerguen de forma amenazante frente a ellos. En el centro de la imagen, podemos observar a la serpiente enroscada a una representación, muy simplificada, del Árbol del Paraíso.

Continuamos nuestro viaje, y en el altar nos detendremos para contemplar los dos últimos capiteles de la visita. En el capitel que corona la columna de la derecha (nº 10) vemos a dos hombres inclinados sujetando una espada; los dos comparten una misma cabeza al coincidir la figura de ambos con la esquina de la pieza. A su derecha, dos leones enzarzados en plena lucha y, sobre ellos, una cabeza humana de la que salen unas serpientes. A la izquierda del altar (capitel nº 11), un hombre armado con una lanza se enfrenta a un grifo de potentes garras y enormes alas. A su lado, otro personaje se cubre el cuerpo con los brazos y, tras él, podemos distinguir un animal que parece ser una pieza de esa cacería.

RETABLO PÉTREO O ANTIPENDIUM.

Mención especial merece el retablo labrado en piedra caliza que preside el altar mayor. Este retablo constituye una pieza única. Hay hipótesis que fechan su elaboración en el siglo IX, para conmemorar el momento de consagración del templo como sede episcopal

El retablo está constituido por dos piezas desiguales (1,13 y 0,82 m. de ancho) perfectamente unidas. En él se representa la jerarquización de la Iglesia y su misión evangelizadora en el mundo.

Presidiendo la escena, se encuentra Jesucristo en majestad, enmarcado en una aureola sostenida por dos ángeles, uno vestido con casulla(1) y otro con capa pluvial,(2) con sus bocas entreabiertas, elevando sus cantos al

personajes sentados a la mesa del banquete, repleta de manjares. A la derecha S. Juan siendo degollado, vestido con ornamentos sacerdotales, y a la izquierda de la escena, Salomé entrega su cabeza a Herodes en una bandeja.



La parábola del rico Epulón y el pobre Lázaro se plasma sobre el capitel nº 8. En él, el mendigo Lázaro está echado en el suelo, con un perro lamiendo sus llagas, mientras que Epulón y sus amigos, todos ellos luciendo ricas vestiduras, disfrutaban de los manjares de la mesa.

La imagen del capitel nº5, una osa y una vaca paciando juntos sobre un conjunto de hojas, parece escenificar la parábola del profeta Isaiás sobre el reino mesiánico, en el que dice habitarán juntos el lobo y el cordero. Ahora nos daremos la vuelta y nos situaremos al otro lado del pasillo, justo en frente de la columna que acabamos de visitar. Allí, sobre una pilastra adosada al muro, podremos contemplar una representación del Pecado Original (nº 9): un hombre y

que en ellos se representan: Vamos a comenzar nuestro recorrido por la columna izquierda del crucero. A primera vista podemos distinguir dos sencillos capiteles con decoración vegetal (capiteles 1 y 3 de la lámina); entre ambos hallamos un curioso capitel (nº2), éste decorado con herrajes románicos, con grandes espirales como las de las verjas del s. XII que cerraban algunos de los templos de la época, quizá también el de S. Martiño. El último capitel de esta columna, el nº4, representa una escena en la que un hombre tira de un caballo por el ramal, mientras que, detrás, otro individuo levanta su mano derecha mientras coloca la otra sobre el cuerpo. Se ha interpretado como una composición de caza, basándose en la hipotética presencia de un cuerno que hoy no existe.

En la columna de la derecha, justo en frente de la cacería (capitel nº 6), se representa una alegoría de la Lujuria; en ella podemos distinguir un animal con cabeza de hombre acompañado de una mujer ricamente ataviada, con abultados pechos, de los que se amamantan unos sapos.



En el centro, el águila de S. Juan, que puede significar la Ley de Dios, como advertencia para quien cometa pecado; y, en el extremo derecho del capitel vemos representada una sirena, con las manos sobre el vientre, grandes pechos y larga melena.

El capitel contiguo, el nº 7, nos narra de forma desarrollada el sacrificio de S. Juan Bautista: muestra a tres



actual puerta de servicio para acceder al templo.

Si accedemos al interior, por su cara interna podemos observar, pegadas al muro, unas columnas adosadas, que ni llegan a lo alto ni están coronadas por capiteles, lo que podría indicar, sin duda, el arranque de la cubierta en el templo primitivo.

Los canecillos de desagüe presentan formas de dibujos vegetales, animales o geométricos, algunos de ellos de clara influencia morisca.

También en el lado derecho podemos encontrar hileras de aparejo del templo primitivo, así como algunas pequeñas ventanas de arco de herradura. En este muro existen señales manifiestas de haber tenido adosadas las dependencias monacales.

DECORACIÓN ESCULTÓRICA INTERIOR.

La escultura de San Martiño manifiesta su valor en los capiteles de sus columnas, verdaderas lecciones de conducta cristiana, creadas para transmitir a los fieles la condena del pecado a través de explícitas escenas alegóricas, dotadas de una gran fuerza simbólica en la composición de sus formas.

Junto a al puerta principal y en el muro de la nave izquierda nos fijaremos en los canecillos (ver * en el plano) que hay en su interior, con escenas de explícito contenido sexual, muy habituales en el románico.

Centrámonos ahora en los CAPITULES y en las composiciones

en el que todavía se pueden observar restos de antigua policromía. Si nos fijamos con detenimiento, en las jambas de la puerta también podemos encontrar grabadas dos cruces, símbolo de la consagración del templo. En lo más alto de la fachada podemos observar una pequeña ventana y un sencillo rosetón.

A la derecha del pórtico, se erige una torre de dos cuerpos, obra del siglo XV. El segundo cuerpo, que data del s. XVIII, da cobijo a las campanas y está rematado por una cupulita coronada en lo alto por pequeñas esferas.

(1) **Banda lombarda:** Pilastras alargadas ligeramente salientes del muro, que forman serie con otras generalmente unidas por su parte superior mediante unas series de arquillos ciegos, también llamados lombardos.

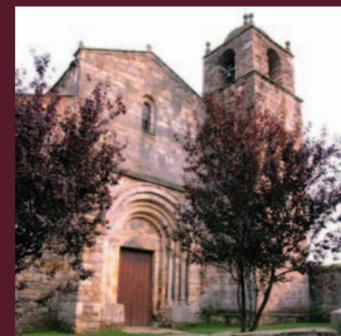
(2) **Ajedrezado:** Decoración de cuadrados alternativamente en sobrerrelieve y bajorrelieve.

MUROS LATERALES Y DECORACIÓN EXTERIOR.

En el lateral izquierdo se conservan los restos más primitivos del templo, que se corresponden con los vestigios del muro de la iglesia prerrománica primigenia, datada en el s. VI, como así lo demuestra el arco de herradura



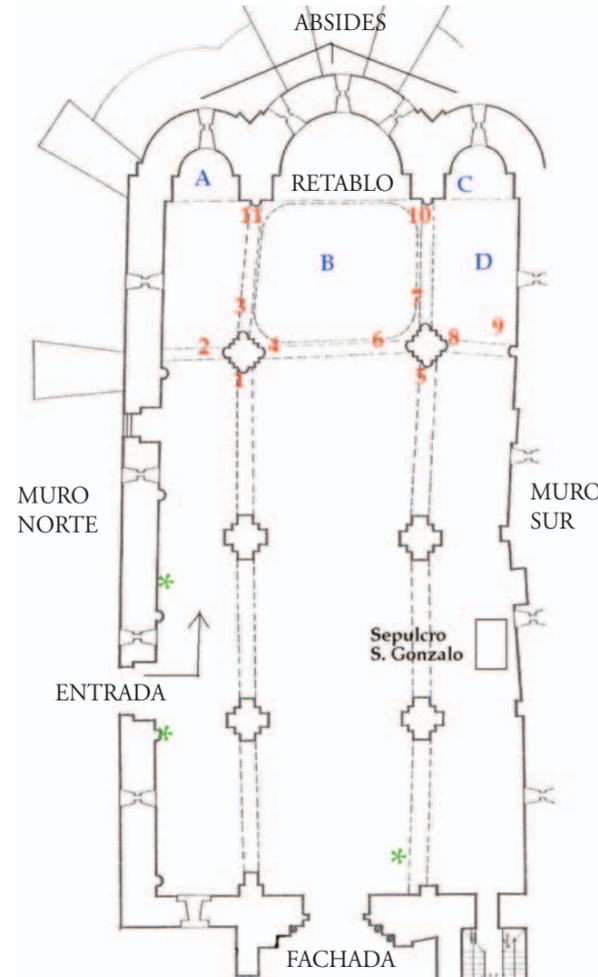
que aparece enmarcando una antigua puerta que puede verse en este muro. En él se abre una puerta posterior,



INDICE

- 1 Plano guía de la Basílica
- 2 Algunos apuntes históricos de San Martiño de Mondoñedo
- 3 La leyenda: San Gonzalo y el milagro de las naves
- 4 San Martiño de Mondoñedo: la catedral
- 5 Estilo arquitectónico: exterior
- 6 Decoración escultórica interior
- 7 Retablo pétreo o antependium
- 8 Pinturas murales
- 9 Báculo y anillo de San Gonzalo

PLANO DE LA PLANTA DE SAN MARTIÑO DE MONDOÑEDO



1-11 CAPITELES
 * CANECILLOS INTERIORES
 RETABLO
 A-D PINTURAS MURALES

APDO. 6
 APDO. 7
 APDO. 8

ALGUNOS APUNTES HISTÓRICOS DE SAN MARTIÑO DE MONDOÑEDO

Siglos de historia contemplan a las insignes piedras de San Martiño; fue sede episcopal (870-1112) -por sus estancias se pasaron figuras como las de San Rosendo, obispo aquí y, posteriormente, fundador del monasterio de Celanova y arzobispo de Santiago- también fue lugar de recogimiento para agustinos y franciscanos, centro cultural, hospital para peregrinos... Es, por todo lo que ha significado, una obligación moral para todos nosotros recordar este ilustre pasado a través de los ojos del tiempo y del recuerdo. Espero que estas pequeñas anotaciones sirvan para revelar al visitante un poco de la esencia de ese esplendoroso pasado.



Para descubrir los orígenes de San Martiño debemos remontarnos al s. IX. En el año 870, el obispo de San Martín de Dumio, Sabarico, se vio obligado a huir, con algunos de sus monjes, de las invasiones árabes que en aquellos días estaban devastando suelo portugués. De este modo, la sede dumiense encontró continuidad en San Martiño, donde una vez instalados, el monarca Fernando III les hizo entrega de los territorios que en adelante iban a ser propiedad de la sede episcopal, tomando el cetro de la también desaparecida sede britoniense (actual Bretoña). Llegaron a pasar por esta sede hasta 15 obispos, entre ellos el citado S. Rosendo y D. Gonzalo, último obispo de esta diócesis, que no debemos confundir con el S. Gonzalo, el Obispo Santo de la

leyenda de las naves, al que luego nos referiremos. A la muerte del obispo Gonzalo, en el año 1112, la reina Urraca, por delegación del papa Pascual II, trasladada la sede a Vallibria o Villamayor de Brea, actual Mondoñedo, villa que también adoptó su nombre de la antigua sede de San Martiño.

Despojada de su episcopado, el monasterio quedó ocupada por monjes de S. Agustín hasta finales del s. XV, momento en el que fueron sustituidos por frailes franciscanos. Desde el Concilio de Trento (1542) hubo siempre sacerdotes que ocuparon el viejo cenobio, aunque la gente les siguió llamando canónigos.

En unos documentos de 1595 encontramos esta interesante descripción del conjunto catedralicio: "Su iglesia es muy buena y grande, de tres naves, con capilla mayor de bóveda y altar mayor sin retablo; con dos capillas laterales y en lo demás techumbre de madera muy bien labrada, y con dos altares en el cuerpo de la iglesia, coro alto de madera, órgano, atril y once sillas, diez de los canónigos y la del prelado; que tiene tres puertas, las dos en dirección a los claustros altos y bajos, y que por el alto se entra en el coro... junto a la iglesia está una casa grande del prior, los aposentos para los canónigos, y uno grande que se llama refectorio..."

De las dependencias originales aquí descritas han desaparecido el monasterio, la sede episcopal y la colegiata, quedando solamente en pie la vieja catedral y la casa del prior, que durante años ha servido de rectoral.

La propia catedral ha sufrido la inclemencia de los años y ha pasado por varias restauraciones. De todas ellas destacaremos la que se realizó en 1866. En 1861, la techumbre de la iglesia se había desplomado, dejando la iglesia a la intemperie y al borde de la ruina; casi desahuciada, incluso se

llegó a plantear la posibilidad de derrumbar la vieja iglesia para construir otra nueva. Fue entonces, cuando el maestro de obras del obispado, Francisco Lanteiro, se comprometió a mantener la catedral en pie; para ello dotó a San Martiño de los espectaculares contrafuertes que hoy podemos contemplar apuntalando los ábsides que rematan su cabecera, y que le dan ese formidable aspecto de fortaleza medieval.

Su valor histórico y artístico fue reconocido ya en tiempos de la II República, momento en el que fue declarada Monumento Nacional, distinción que todavía hoy conserva.

El 7 de febrero de 2007 esta antigua catedral es distinguida por el Papa Benedicto XVI, con el título honorífico de Basílica menor. Este reconocimiento coincide con otros hechos como la celebración del Año Jubilar de San Rosendo, prelado de Mondoñedo siendo sede episcopal San Martiño y con el comienzo de nuevas obras de rehabilitación de esta Basílica y de la rectoral.

LA LEYENDA: SAN GONZALO Y EL MILAGRO DE LAS NAVES.

Más por tradición popular que por evidencias históricas, se cree que existió en San Martiño un obispo llamado S. Gonzalo, conocido por todos como el Obispo Santo.

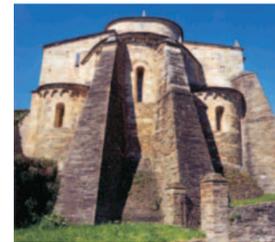


Cuentan las gentes que en tiempos de las invasiones bárbaras, San Gonzalo, ya viejo y enfermo, guió al pueblo de Foz a lo alto de un monte, para

salvarlos del inminente saqueo de las ordas normandas que a punto estaban de arribar a nuestras costas: "... no fiando la defensa a las fuerzas humanas, se valió de las divinas, y vistiéndose túnica de cilicio, desmudos los pies, y con una cruz a cuestas, ordenó una procesión de lágrimas y preces con sus canónigos, clero y pueblo en dirección a lo alto del monte donde a la presente se halla la capilla..."

Doblegado por el peso de los años y de la cruz, el Santo Obispo tenía que descansar a cada poco: "...lo cual se hacía quedando (...) de rodillas y enarbolando la Cruz (...) Se hizo esto muchas veces, de suerte que permitió que Dios nuestro Señor que se abravase el mar de tal manera que se vino a averiguar que tantas veces como el Santo Obispo había adorado la cruz de rodillas, (...) otras tantas naves faltaban de los enemigos que las inundaba el mar con sus olas (...). Viendo el santo prelado que no habían quedado ya de la armada sino las naves que no podían hacer ofensa alguna, suplicó nuevamente al Señor las dejase, para que llevasen la noticia de aquel terrible castigo y no volviesen; el Señor oyó su oración, se sosegó la mar y las naves que quedaron libres se dieron a la vela, quedando todo el pueblo, y aún todo el Reino, lleno de admiración por este prodigio..."

Todos los años, a finales de mayo o principios de junio, se celebra en este monte, conocido como monte de "O Obispo Santo", una romería popular en su honra, en conmemoración del Milagro de las Naves. Esta fiesta, de gran arraigo entre las gentes de Foz, congrega a familias enteras y a multitud de grupos de amigos dispuestos a pasar allí un buen rato y a dar buena cuenta de sus meriendas. Ésta es, sin duda, una de las fiestas que cuenta con una mayor tradición en toda la zona.



SAN MARTIÑO DE MONDOÑEDO: La Catedral

El tiempo parece fluir más lentamente por San Martiño. La solidez y sobriedad de sus viejos muros le confieren una belleza sosegada y apacible, que logra transmitir a quien la contempla la sensación de serenidad y plenitud que le concede el poseer la certeza de haber vivido y sobrevivido a la historia.

Imperturbable, ajena al transcurrir de los años, parece haber sido construida para durar eternamente. Por todo esto, esta visita pretende ser, mas que un recorrido cultural, una visita al pasado. Disfruten del paseo.

ESTILO ARQUITECTÓNICO EXTERIOR.

Ante todo, está en nuestro deber incidir en que nos encontramos ante la catedral más antigua que aún se conserva en España. Aunque se han hallado vestigios del siglo VI, la construcción del templo actual se data entre los ss. IX y XII, circunscribiéndose dentro del románico más primitivo, con características más propias del románico del Pirineo catalán que del románico compostelano propio de Galicia, que fue traído desde Cluny por el Camino de Santiago y cuyo máximo exponente es la catedral de Santiago de Compostela. Como ya hemos mencionado, el conjunto de San Martiño estuvo compuesto en su origen por el templo actual y, adosadas a su derecha, las

dependencias monásticas y episcopales (claustro, sala capitular y refectorio). El templo cumple las características del primer románico: planta basilical, dividida en tres naves con crucero, rematadas en tres ábsides semicirculares poco desarrollados en la cabecera. La cubierta es una sencilla armazón de madera, sostén de un tejado que es de dos aguas en la nave central (más elevada que las laterales) y de una sola vertiente en las laterales. Los muros son gruesos y sólidos, solamente interrumpidos por las estrechas y alargadas aberturas que se abren en él para dar forma a las ventanas, rematadas todas ellas en arcos de medio punto.

Las naves están separadas entre sí por pilares cruciformes sin ningún tipo de decoración. Los arcos son de medio punto, algo rebajados. En el crucero se erige una sencilla bóveda de ladrillo sostenida por cuatro trompas, que probablemente se construyó para sustituir al cimborrio original, posiblemente derruido.



Algunas características que pueden identificar el estilo de San Martiño con el románico pirenaico son las bandas lombardas(1) y las grecas de tacos o ajedrezado(2) que decoran los vanos y algunos tramos de la parte superior de la fachada.

Asimismo, también es propio del estilo de esta zona, la piedra pequeña e irregular usada para su construcción.

